

Otto Apuy

Viaje al remoto Puntalín (fragmento
de novela inédita)

Capítulo I (fragmento)

El dragón Lon Choy

En un poema chino
lo que movía la hoja
estremecía a la flor
como la palabra destino
revela el amor

En el principio

Lo que se dice de mentira tal vez no lo es
lo que de verdad se tiene
tampoco lo sea



Una aldea sobresale en medio de sembradíos de arroz y legumbres. La luz transfigura los reflejos del agua depositada en los techos. La densa bruma y el humo de las chimeneas desaparecen en lontananza. El aroma del té y las flores inundan el ambiente y huele a hierba cortada en el vecindario.

La torre de piedra de cinco pisos que se destaca en el horizonte ya era antigua, 1880, construida en tiempos del latifundio de la comarca, a su alrededor colindaban otras casas. La aldea se hizo entre primos campesinos agricultores de tres comarcas. Una historia de la unión de tres poblados, eso era Samjeón. En los pisos inferiores vivían los ancianos y adultos mayores, generalmente los recién casados se instalaban en los pisos superiores. Allí arriba, en el ático del edificio, en el que había esculturas de dragones en cada esquina, podía verse el mar a lo lejos y las curvas del río, los templos y palacios imperiales de antiguas dinastías brillaban en las montañas. Posiblemente la vista de allí incitó a Tai Chin Chen y sus primos hermanos a encontrar la riqueza al otro lado del mar, a pensar en un destino afortunado, después de ese río que arrastraba las pasiones de los poblados.



El día que Tai Chin dejaría su aldea, ni en sueños habría podido imaginar que, quince años más tarde, volvería rico y con otra identidad.

En forma cíclica, empezaban a cicatrizar algunas pugnas con otros poblados de milenarias tradiciones. Tiempo atrás contaban que una vez en el camino se toparon dos ancianos mayores, cuando uno de ellos le cedió el paso, el otro se adelantó para volver a cederle el paso, y así sucesivamente llegaron hasta el pueblo. Ninguno podía permitir por respeto ancestral que el anciano mayor del pueblo tuviera que hacerlo. Después del incidente, cuando se topaban los ancianos respectivos, regresaban a sus aldeas a celebrarlo. Con los años hubo un camino de ida y uno de vuelta por si se encontraban por casualidad nuevamente. Curiosamente así sería en el futuro, y en cierta forma esta podría ser la metáfora de esta historia que se había hecho una tradición. Tai Chin uniría a su regreso los pueblos de su familia y del sueño compartido. Pero el tiempo lo haría para todas las comarcas que orbitaban a su alrededor.

En su tierra, la poca que quedaba de una extensión que colindaba con el río, mientras sembraba árboles frutales con su abuelo, escucharon de unos viajeros, a la orilla del camino paralelo a las granjas, acerca de Jin Shan, la historia de la montaña dorada: una tierra lejana, al otro lado del mar, llamada América, y el puerto San Francisco de California. Según ellos el oro abundaba en las montañas, lo que hacía falta era mano de obra y dinero para llegar allí.

Tenía conciencia de lo trascendental de su viaje desde que era un niño. No le quitaron sus afanes soñadores acerca de esta tierra de fortuna y lejana, porque lo consideraban algo pasajero que iba a olvidar con otro juego. Con los días, el pequeño empezó un sueño viajero, a imaginar tierras desconocidas, pobladas de extraordinarios animales, de aves gigantescas con los colores del Tiáng Tang, que era una referencia al Paraíso cristiano. No había nube en el cielo que no asociara con seres de tierra americana. Empezó a recoger información, le pidió a la familia que le contara de esos lugares.

Su tío favorito, Chen Yu Lin, lo llevó al poblado de Tam Ping Yun, quien era un erudito y sabía de países extranjeros. Yu Lin le regaló al venerable anciano una botella de vino de arroz, el mejor *baijiu* de la zona. Los recibió amablemente y les preguntó el porqué de su visita, mientras expresaba señalando la botella —Hóng qū. —Una categoría de calidad del vino. Chen Yu Lin sonrió satisfecho. Le puso al tanto del asunto. Expresó —A me li ca — refiriéndose a América. Tam Ping Yun dijo que sabía que algunos ya habían partido hacia allá. Por el acento de Yu Lin conoció el clan del que procedía. Les preguntó si conocían a alguien que hubiera salido hacia esos

lugares de América. Yu Lin no lo sabía, pero el anciano posó su mirada en el joven niño y le escrutó la mirada. Comentó que tenía destellos de estrellas, que un día tendría un paisaje acuarelado en sus ojos. Mencionó que anoche había soñado con un cometa, seguido de una gran estela luminosa que se abría como la cola de un pavo real, eso era una premonición que buscaba un interlocutor. Los dos viajeros regresaron contentos a la aldea; mientras caminaban sobre la orilla del río alguien les preguntó hacia dónde se dirigían. El pequeño Tai Chin contestó que a «América», con brillo en sus ojos comenzó a pegar saltos de alegría, su risa se extendía entre los arbustos a la orilla del riachuelo, por donde tomaban un atajo para llegar. Luego mencionó al *gui-lin*, un legendario animal mítico que encontraron en África en tiempos antiguos del Primer Emperador, y que por casualidad era muy semejante a las descripciones de la jirafa. Yu Lin le dijo que estaba equivocado, que en América no había de estos animales.

El mediodía que nació estuvo lleno de buenos augurios. Sus abuelos le predestinaron aventuras. Decían que el *yué* correría, en el sentido de que lengua y sangre en chino significan correr, dispersarse. En aquellos malos tiempos emigrar había sido el camino de muchos jóvenes oriundos de aldeas cercanas a Macao y Hong Kong. No era tarea fácil, debía empezar por tener el dinero ante el desafío de un largo viaje. La sola idea de afrontar una empresa de ese tipo requería valor y desarraigo. Era un niño huérfano, quizá eso haría que tuviese una larga descendencia, y que en el futuro siempre buscase la unidad familiar. A pesar de lo grande de su población, provincia de Wandong, no todos los niños soñaban con emigrar. La idea de viajar por meses en barco cruzando un mar peligroso y desconocido detenía a muchos. Pesaban los grandes mitos de las aguas abisales y los enormes animales salvajes de las tierras americanas. No se podía tener una idea certera de lo que era América. Lo que movía los temores y le daba contenido a la aventura era la famosa Jin Saan, la montaña dorada, que les hacía imaginarla desde lejos, desde el otro lado del mar, como un faro divino capaz de hacer ricos a todos los que llegasen a sus ricas vetas. No era que de pequeño Tai Chin tuviese tal certeza, fue el destino que llamó la atención sobre sus primeras manifestaciones de irse, de salir, de buscar allende su frontera. Nadie inventaba de la nada una montaña entera, llena de oro, aunque Jin Saan era vista como un mito.

Debió haberse inventado
el sueño antes que las hojas del cerezo



como los sonidos de tu piel
como la madriguera acalla
tu crecer inmensurable
como el clamor de los guerreros
el destello de sus escudos
que osaron ver hacia atrás
la belleza del resplandor
que eras.

Una tía lejana le contó a Si Ling, muchos años después, que Tai Chin se había hecho un jovenzuelo entre las callejuelas floridas de guayaba y manzano. Fue creciendo como la misma idea de cruzar la inmensidad del mar, y hasta que volviera de allí podría reencontrarse con los símbolos que se le harían perennes en su primer viaje. Tan simples como los árboles en fila del camino, o las piedras milenarias que se ocultaban con la bruma y espuma del río. Ella había dicho que él soñaba con su futuro sin verlo siquiera. Así lo describía: Tai Chin emprendiendo el viaje sin derramar una lágrima, quizá podía más el miedo y lo desconocido que tenía por delante. Llevaba una maleta pequeña que tenía estructura de bambú, y sonaba más que su corazón, mientras tomaba el camino empedrado que terminaba en el mar. Dijo que no olvidaría jamás el celaje de aquella tarde reflejado en la ancha bahía que une a Guanzhou y Hong Kong. Todavía su corazón retumbaría cuando fuese un viejo, cargado de tristeza y nostalgia, de miedo, de coraje sobre todo. El espíritu del dragón le acompañaba en esta travesía, la más larga del mundo. Advirtió la anciana que cada metro recorrido después de su casa paterna tendría que ser medido cautelosamente: había que cuidarse de los rufianes, desconfiar al máximo de los desconocidos y nada de arrogancias.

Tai Chin había obtenido un boleto a cambio de una buena cantidad de dinero. Nada era fácil, había otros detalles que surgieron a último momento, pagar unos timbres, conseguir una firma. A pesar de que el dinero requerido era mucho, sería afortunado de encontrar cupo en el barco que quería.

El carácter se iba forjando gracias a una mentira que se convirtió en verdad: aducía tener más años, se esperaba de él que se comportara como si fuera mayor de edad. También quería saber de todo, tenía la intención de aprender rápido cualquier cosa. Desde pequeño usaba el serrucho y la pala. Tenía habilidad con las matemáticas, sabía contar tan bien que adivinaba cuántos palillos chinos había en un pequeño pucho, y se atrevía a calcular las cosas como si estuviera mirándolas desde arriba, desde el techo. Por

eso le atribuyeron una virtud en su memoria, que revelaría las imágenes de sus ojos y leerían en ellos sus intenciones en el futuro. Aprendió de cocina más que los otros, aunque no le atraía.

Poseía en sus determinaciones la firmeza de la estirpe de los hombres de cambio de siglo, los que abrieron camino en la búsqueda de una nueva vida y un derrotero distinto. Eso que debería llevarse en el alma, era casi una obsesión salir para vislumbrar más ampliamente su destino.

Su ruta tenía una intención: ayudar a la familia a sumarse a la lucha por la sobrevivencia. Pasarían muchos años para que descubriera otra corazónada que le hiciera marchar o huir; ya sería otro, como tantas veces se convirtió en otro.

La visible patria de su niñez vivía sus últimas etapas conectadas con el pasado feudal. La monarquía no podía lidiar con una época de grandes intereses internacionales económicos. El sur de esta gran nación comenzaba a revelarse, y la gran mayoría del pueblo comenzaba a tener otra conciencia, esperaba un cambio de actitud de sus gobernantes.

Eran tiempos difíciles y dinámicos, el mundo tenía los ojos puestos en una sola meta: la riqueza a cambio del trabajo, para luego adquirir tierra y emprender negocios.

Su perfil de líneas suaves, de pelo negro y lacio, de ojos buscadores del sentido de una nueva vida, le daban el aire moderno de la juventud de un siglo que se estaba agotando. Las facciones de Tai Chin Chen se fueron formando, como dentro de su mente la astucia para sobrevivir en un medio muy distinto.

Los chinos no eran tradicionalmente migrantes, debido al apego a la familia, sus tradiciones y a la agricultura. La idea de buscar oro, mucho mejor, buscar una montaña entera de oro, les permitía la capacidad de soñar con la riqueza. Muy pocos serían los elegidos de la gigantesca patria china. Sin embargo, cabía la posibilidad de que el joven aventurero tuviera suerte en su viaje, que la conjunción de los astros lo acompañase.

Sus ancianos familiares no habían sabido transmitir sentimientos de desarraigo, aunque estaban acostumbrados a ver partir a sus jóvenes del antiguo pueblo de guerreros, los que habían regresado a morir a su tierra eran muy pocos. Si el tiempo lo ha borrado, es fácil saber lo que resultaba difícil: atreverse a partir, comenzar un sueño que podía terminar en la derrota, o en un caos que arrastraría a la familia por generaciones.

Los antepasados no sabían que eso era lo que formaba a los grandes pioneros. Él mismo no tenía conciencia, según lo confesaba después, de que tal empresa empezaría en la historia de su tierra destinada.

—El símbolo de la riqueza es lo que importa. —Debió pensar ya de mayor el pionero Tai Chin—. Si son buenos los sueños, son buenos los

resultados. Los malos sueños resultan en dinero mal invertido. La fantasía de que sea realizado el viaje debe coincidir con el amor al prójimo, a la familia: cristianismo, budismo y taoísmo. Pero debe ser una actitud que se presente ante los demás y ante las situaciones.

La primera vez, según Si Ling, que dejó su tierra fue inolvidable; un cordón umbilical de su geografía y cultura coincidían con las arrugas de la palma de su mano. Y el mar estaba teñido con los destellos de los edificios con la misma cadencia de las olas: apenas un murmullo de la gran ciudad que se vería a la distancia. Imaginaba los pitazos del barco rumbo a San Francisco de California estremeciendo la borda izquierda. La noche estrellada y la brisa fresca. El Golden Star zarpaba. Era un navío relativamente nuevo, no era la primera vez que iba atestado de viajeros chinos en su gran mayoría. En los camarotes generales, destinados a los pasajeros de segunda y tercera, acomodaban en pequeñas literas y hamacas hasta veinte personas. Fue allí donde comenzó Tai Chin Chen a conocer a su gente, y a los desconocidos extranjeros, por sus modales, su manera de vestir y su lengua.

Estaba experimentado el mundo en otro puente, los barcos eran puentes de territorios oceánicos. El inmenso barco no lo empequeñecía, al contrario, emergía el espíritu luchador. Sentía en su cuerpo el hervor de su adolescencia; a medida que avanzaban los días frente a un mar desconocido, el dragón que le acompañaba indicaba el cenit y el alba. Cada imagen significativa se había convertido en una especie de fotografía viva. Escribió sobre esto en forma de poemas sonoros que tenían en cuenta la conexión con las olas originarias.

Venir de donde
las olas te hacen olvidar
una distancia invisible
se esconde en la niebla
como semilla y destino
en otro cuerpo y otro cielo

Luego empezó a narrarlo y amarlo como si fuese el viento de vuelta a otros días. Sus poemas fueron su vida, como si de la soledad al escribir emergiera la iluminación, una manera de encontrarle sentido a su vida. Ella sabía que eso era respetado profundamente entre los paisanos, el amor a los ancianos, sobre todo la reverencia al mayor de edad.

En ningún clan de los familiares de Tai Chin se apartaba a los más ancianos de la toma de decisiones importantes del pueblo. La experiencia de ellas o ellos los llevaría por el camino de lo sensato, de lo aprendido en su larga experiencia.

Diario de Si Ling

Hace mucho tiempo, en un remoto lugar llamado Puntalín, vivían los parientes chinos que se habían embarcado rumbo a América. Jin Saan, la montaña dorada, rememoraba los lugares soñados por el espíritu aventurero. Eran un símbolo y un reto: libertad y coraje que empezaban a tomar forma. Una gran casualidad, algo que no tenía sentido, que iba contra los principios. Una especie de síntoma histórico que aún no se había revelado.

No había sido Tai Chin el único en emigrar de esta gran área, en la búsqueda de una mejor vida allende el mar. El viaje no era fácil, por los costos económicos y el temor a lo desconocido. Aparte de dejar a la familia preocupada y esperanzada en su regreso.

La familia de estos primeros emigrantes era originaria de Samjeón y Chun san, de Ha chung y Macao, en el sur de China.

La casualidad en este emprendedor pionero hizo que desembarcara en otro puerto. El destino era San Francisco de California, en los Estados Unidos de América. Muchos fueron los motivos que le obligaron a bajarse en el sitio definitivo.

La historia es un trasfondo escuchado de familiares, como una metáfora de cuánto se pierde de veracidad, justificadamente a cambio de la creatividad y la imaginación, la fantasía y los sueños.

No es la intención inventar sobre la realidad, que muchas veces es más elocuente. Lo que se inventa viene a ser la metáfora del único significado: la admiración, la valentía, el amor, el desarraigo, el apego a las tradiciones, la nostalgia, la aventura y el trabajo. La epopeya de la migración y el homenaje a los pioneros. Ese gran sueño que les duró la vida, como si después del gran viaje tuviesen el tiempo necesario para rememorarlos, para comentarlos como si hubiera sido una hazaña. Con la distancia los malos recuerdos dejan de serlo, otros se convierten en la tempestad antes de la calma, o no eran tan malos como se les recordaba.

La leyenda imaginaria, el recuerdo con sus personajes pintados con el tiempo y el olvido, mientras la abuela o el abuelo chinos contaban cuentos, y afuera en la finca o frente al mar o el río mugía el ganado. Se venía el fresco chaparrón y a la vera del fogón de leña se rememoraban las familias del otro lado del mar. La hora de los cuentos chinos. A las niñas les gustaba más que a los niños escucharlos. Si Ling era la última en irse.

Los orígenes tienen en común los lugares, los viajes, las relaciones familiares, las similitudes son mera coincidencia. La migración es un tema universal donde fluyen pasiones y amores, nostalgia y felicidad, encuentros y desencuentros. Había que afrontar el contexto, visto a la distancia era un verbo casi prohibido de

olvidar. Por más de cinco o seis generaciones el discurrir de su sangre se haría en el silencio del asombro y el estruendo del origen, se dispersaría como un delta en ambos mundos, sellando un pacto con la posteridad.

Los dominios del mar

Una semana antes del arribo del Golden Star a San Francisco comenzaron las preocupaciones sobre la situación migratoria de los pasajeros. Empezó a sentirse el miedo a la prohibición de ingreso a los migrantes chinos. Después de tantos sacrificios por llegar al país de la montaña dorada, a pocos kilómetros de su costa, luego de un mes de navegar, bien podría convertirse el sueño en un fracaso. No poder entrar al país del oro significaba eso.

Era natural que los tripulantes comentaran las muchas veces que se había prohibido desembarcar pasajeros chinos. Muchos de ellos entraron escamoteados en barriles y toneles, en baúles y cajas. No bastaba con tener los papeles en regla. Ni siquiera se podía lograr con mucho dinero. El tema de la prohibición de chinos y otras nacionalidades se convirtió en el mejor de los desalientos. El nerviosismo se apoderaba de todos conforme el Golden Star penetraba en la bahía de San Francisco, parecían tener los corazones detenidos, apenas respiraban de la emoción.

Un día antes se le había acercado el dragón en forma de paisano. El anciano le preguntó en cantonés sobre la posibilidad de entrar a California. Le expresó que él no tenía esperanzas de entrar a los Estados Unidos. Ninguno de los dos, a menos que se pusieran de acuerdo en una cosa. El amigo listo, con ojos llenos de sabiduría, en pocos minutos había trazado un plan: consistía en un juego de cambio de personalidades. Unas horas antes deberían existir dos ancianos a la vez, siempre que no coincidieran en el sitio. Lo mejor de todo era que había un ave de por medio que, según el anciano Lon Choy, era especial, hijo de un gallo campeón de peleas de linaje mongol. Había llegado a sus manos a cambio de un trueque que hizo con otro paisano, que a su vez lo había ganado en una apuesta. Había mantenido escondida al ave durante todo el viaje, pero posiblemente lo descubrirían en la aduana. El gallo quedaría en sus manos, si el anciano lograba su cometido.

El anciano era listo, porque llevaba las de perder. Un joven tenía mayores posibilidades de ser aceptado por su capacidad de trabajo, más que un anciano.

Podía verse por la densidad del océano que estaba acercándose a tierra continental, a lo lejos podían verse otros grandes barcos.

Este era el plan: Tai Chin debía fabricarse una barba, un sombrero y un bastón. Lon Choy le explicó que no hacían falta muchos detalles,

porque la idea era que lo vieran los guardias desde lejos. El falso Lon Choy se mostraría adrede, cosa que aprovecharía el verdadero Lon Choy para escabullirse entre los bultos atrapados en una red que era izada por una grúa y depositada en el muelle. Antes, debía vestirse con ropas del mismo color de la lona que atrapaba los bultos. Tai Chin sabía que solo uno de ellos tenía posibilidad. Estaba el gallo como recuerdo. Pensó que ayudarlo de esta manera equivalía a ser acusado de complicidad. Pero si de todas formas no se podía entrar, cualquier cosa que sucediera no importaba. Confiaba en que no lo descubrirían. Había pensado mucho el asunto, su propia conciencia le dictaba que no debía hacerlo. No entendía la razón de apoyarlo, y menos sabía lo importante que sería para el resto de su vida.

El ardid

No tenía mucho tiempo para pensar mejor. Si no podía entrar se verían desvanecidas las esperanzas de la montaña de oro. Al aceptar ayudar al anciano Lon Choy estaba aceptando la posibilidad de que fuese amonestado.

La tripulación se mantenía alerta sobre la eventualidad de que muchos pudieran escabullirse. Las leyes migratorias en 1870 habían prohibido la entrada de ciudadanos chinos a los Estados Unidos.

Tai Chin sabía eludir el peso de las miradas curiosas sobre su cuerpo. A pesar de su juventud, mantenía siempre la cabeza un poco baja, evitaba mirar y que lo mirasen a los ojos directamente.

Llegada la hora fijada por Lon Choy, Tai Chin se puso la barba atada con un cordel; con un bastón, como a veinte pies de los custodios del departamento de carga, comenzó a llamar indirectamente la atención. Lon Choy aprovechó el descuido de los vigilantes y se metió furtivamente en una carga atada por gruesos cordeles. Tai Chin agradeció que fueran únicamente unos minutos los que tuvo que llamar la atención de los marinos. Le dolía la espalda de tenerla doblada. Al regresar del camarote fue hasta cubierta, donde estaban varios paisanos suyos esperando en la misma situación de incertidumbre. El plan era afrontarlo de la mejor manera. No intentaría el mismo ardid del anciano, que le había sorprendido por su brillantez y arrojo. Estaba complacido consigo mismo por haberle ayudado. En un chino es una actitud normal. A pesar de su juventud, tenía un profundo respeto por la gente mayor.

La ausencia de muchos de los suyos y de su amigo no se advertía demasiado en la fila del barco. La tripulación tenía dificultad en reconocerlos. Ellos los veían a todos iguales. En cierta forma había aprendido a hacerse invisible. Tenía gran cuidado en pasar desapercibido. Sufría la duda del



momento. Todo era confuso, extrañaba no poder disfrutarlo debido a su situación. La altura del barco y la distancia de diez metros del puerto era una tentación para arrojarse furtivamente ante su infortunio.

La nube cálida producida por el vapor de mar frente a la bahía de San Francisco se desprendió del navío. Tai Chin, cuidando que nadie lo viera, tiró por la borda la falsa barba, puso el palo de escoba que le había servido de bastón en su lugar y las ropas las dejó junto a otras que estaban amontonadas para la lavandería.

Había varias decenas de barcos anclados a lo largo. Al fondo, los edificios emergían unos detrás de los otros; esta fue una de las primeras imágenes que empezó a dar vueltas obsesivamente en la cabeza de Si Ling, cuando comenzó a interesarse en el pasado de su familia, tan lejana en aquellos días, y no lo era ciertamente. El dramatismo en blanco y negro, la arquitectura del puerto, los grandes almacenes con rótulos, las bandadas de gaviotas pasaban de un extremo al otro de los edificios. No se veían árboles, todo era construido recientemente.

Había un hervidero de gente por el muelle, se escuchaba el ruido de una gran ciudad. El tumulto aumentaría conforme avanzara el día; a ratos el panorama se oscurecería con las negras bocanadas de las chimeneas de los barcos de todo el mundo. La ciudad había crecido desde que se encontraron las primeras vetas y pepitas de oro. Casi todas las cargas de los carruajes tenían palas, picos y demás utensilios necesarios para trabajar en las minas de oro. Las mujeres aportaban igual, y tenían más responsabilidades en este puerto emergente.

Por años atesoró Si Ling estas imágenes, la descripción de los puertos, los olores, la brisa y la neblina, la arquitectura y los colores. Aparte del mimetismo de Long Choy, sus ropas confundidas con el bulto, agarrado arriba como una iguana, casi invisible.

Al atardecer un oficial le informó a Tai Chin que no podía desembarcar hasta esperar la visita de los oficiales encargados. Le preguntaron por Lon Choy. Les contestó que no había vuelto a verlo. Le comentaron, mirando sus ojos escondidos, que ellos creían haber visto dos ancianos a la vez, cuando se trataba de uno. El otro oficial le expresó, casi en broma, que si estaba ocultando alguna hechicería china debería decírselo a ellos. No pasó a más el asunto, se marcharon los oficiales con cierta sonrisa socarrona, ciertamente había otros ancianos. Respiró hondo, recobró cierta calma y tranquilidad, ya que temía ser descubierto y acusado de complicidad.

No pretendas apagar con fuego un incendio,
ni remediar con agua una inundación
Confucio

A lo mejor Lon Choy era un dragón. Entonces cambió el gesto de su cara, recordó al gallo, relacionó todo como si fuera un amuleto. Pensó que si no podía entrar a los Estados Unidos, lo mejor era marchar con el gallo a otra parte, puesto que el gallo era una especie de unión con el anciano. Muchas veces esa misma actitud lo llevó al camino de la sensatez: no hay que desanimarse, hay que persistir, ser emprendedor, intentarlo otra vez y tener paciencia. Pensaba en su nueva mascota, compañera en su soledad. Terminó por nacer una amistad entre los dos. Mientras le pasaba la mano peinándolo y trasmitiéndole cariño, se dio cuenta de que estaba en manos del destino, de un dios que llegaba hasta el trópico americano.

El jefe de oficiales le dijo que por ser uno de los pocos que no protestó le ofrecía dejarlo más al sur, en otro puerto, sin cobrarle extras. No pensó mucho en lo que dijo el oficial. Agradeció al dragón una vez más. La tripulación aún desconocía la presencia del gallo a pesar de sus plumas largas.

Durante tres días el Golden Star permaneció anclado en el puerto mientras descargaban y hacían reparaciones en el casco y la cocina. Tai Chin Chen miraba la línea de montañas como la frontera de la incredulidad. La inmensidad de aquello que lucía vibrante y dinámico y la imposibilidad de acceder a la tierra del oro comenzaron a deprimirlo. Cada hora que pasaba creía que le avisarían que podía bajar a tierra. No fue posible a pesar de sus ruegos y plegarias. Al final dejó su vida a la suerte de lo que viniera. Más al sur era más distante el objetivo. Las tierras nuevas preparaban sorpresas. Todos querían ir a California. No importaba esperar un poco. Postergaba el sueño para más adelante. —No podía haber fracaso donde no había comienzo— se dijo. Luego le agradeció al gallo su silencio. Le había advertido que se mantuviera callado, seguramente ya Lon Choy lo había hecho.

Había ganado una batalla frente a su derrota. Le había crecido la barba, sus ojos tenían la mirada de alguien que comenzaba a velar por su propio cuerpo y alma, a dejarse llevar cuando es necesario y no quedaba más remedio que saber aceptarlo. Tenía el pelo crecido de su coleta y más estatura, la necesaria para dejar de tener algo del niño adelantado que semanas atrás dejaba a su familia de tíos y primos. Era huérfano. Tal vez eso lo hacía fuerte en sus decisiones. Era muy agudo y perceptivo,



sin querer estaba siempre un paso adelante, aunque tímidamente, por un respeto ancestral que era una virtud en la sobrevivencia.

El Golden Star zarpó por la mañana con la carga nueva, rumbo al continente sudamericano, por la orilla del Pacífico mexicano. La mirada se le hizo húmeda y el corazón se le achicaba, casi queriendo esconderlo para no sentir la acidez del sueño destruido. Su pequeña maleta le recordó entonces que los mundos podían caber en ella. Alejarse de adonde se iba equivalía a perder el rumbo, los objetivos ya no tenían valor. Sentía el fracaso de su misión, se avergonzaba de sus propios sueños. Lloró en silencio, oculto durante interminables horas frente a un océano extenso, sin fin, a babor, y la presencia de la tierra mesoamericana que enseñaba sus volcanes y grandes cerros a estribor.

Tenía por delante mucha vida. Decidió hablar con los oficiales sobre el ave. Les dijo que había pertenecido a un maestro de peleas de gallos. Le permitieron llevarlo en una jaula que había construido con sus manos y subirlo a la cubierta; con sus cantos anunciaba la mañana y la tarde, y con los pitazos del buque se ponía a saltar y cacarear. El canto del gallo, en dos días, no molestaba por el ruido de las olas y a veces avisaba del paso de las tortugas y los delfines, los veía seguir la espuma que dejaba el barco y levantaba sus alas intentando agigantarse.

Comenzó a darse cuenta del mundo extraño y desconocido en que estaba envuelto. Desde la borda vislumbraba la línea de tierra firme, cubierta de jungla y altas montañas, desafiantes, majestuosas, en las lejanías de la costa. No sabía que en lo alto de muchas colinas y peñascos se escondían templos precolombinos y entierros llenos de objetos y cerámicas policromadas. De esa tierra nadie decía mucho, eran países pequeños, era Centroamérica.

Aseguraban que en muchas partes habitaban indios celosos de su territorio y se podía encontrar jades y pepitas de oro. Le contaron que ya no había piratas, que el peligro eran las tormentas.

Estaba en lo desconocido. No tenía idea del mundo que pasaba a estribor, interminables playas de arena y de rocas, el trópico seco en su esplendor, árboles amarillos y rojos, isletas repletas de pelícanos. No imaginaba quiénes habitaban allí y qué culturas imperaban. Tenía la impresión de que nadie vivía en el interior de esas playas, que semejaban largas islas que se entrelazaban hacia el interminable sur.

Con las horas se alejaba de su montaña, de la Jin Saan. Empezaba a olvidar la idea de ir a donde iban todos. Maduraba en su interior, en su conciencia, un espacio nuevo, siempre que fuera seguro, libre de rufianes esclavistas y de

poderosos hombres en las haciendas perdidas en la selva, lejos de los puertos importantes donde habían ladrones. Ya le habían hablado del tema de los esclavos nuevos y de que tuviese cuidado de no meterse con ellos.

Había gente, según le contaban en su lengua, que había cruzado dos continentes para llegar a California. Escuchó relatos espeluznantes de asaltos, de asesinatos y de bestias salvajes que se comían a los aventureros. La vida no era fácil en San Francisco de California. Los que estaban allí eran los más fuertes y únicos sobrevivientes de un viaje en el que más de la mitad perdía la vida, especialmente mujeres y niños pequeños.

Había otro paisano que iba hasta Perú, lo había conocido durante el viaje y hablaba su mismo dialecto, yué, del idioma cantonés. Chan Chou Yang empezaría una larga tradición culinaria, el *chifa*; no lo sabía entonces, pero llevaba la esplendorosa cuchara de la comida tradicional cantonesa y un sueño: el primer restaurante al que llamaría Kuong Tong, hermosamente decorado, sería la principal arteria del futuro barrio chino.

Las leyes del poderoso, del más rico, del más rápido con el revólver fueron los primeros indicios de un mundo nuevo y cambiante que afloraba ante sus ojos incrédulos. En su mente milenaria recordó otro pensamiento de Kongzi, Confucio: «Si las cosas tienen remedio para qué preocuparse, y si no lo tienen tampoco es para preocuparse». Su juventud lo hacía comprender que todo lo nuevo es peligroso, que la aventura tenía un riesgo, mezcla de asombro y miedo, valentía y orgullo. Temía sentirse como un aventurero porque había perdido su objetivo. No podía disfrutar de lo que estaba viendo y viviendo por su estado emocional, y quizá por la edad. Ya echaba de menos eso que da tener a la familia cerca o a alguien con quien compartir los eventos. La mayoría de los oficiales lo vieron desanimado y meditabundo, alguno de ellos llegó a preguntarle si estaba enfermo. Tai Chin lo que hacía en la mayoría de las horas era animarse y darse buenas vibraciones. Ciertamente su humor había decaído, pero en su mente estaba emergiendo la fuerza que siempre lo acompañaría. El barco ya no olía a la muchedumbre, el clima era cálido y fresco. Empezaba un ciclo nuevo en su vida, el paisaje y la temperatura, y dentro de su propio cuerpo lo mismo. Cierta sensación de libertad y frustración, todo dependía de él, su vida estaba en sus manos. Pero estaba en otro lado, un espacio nuevo y primario: el destino desconocido.

En la aldea de Tai Chin preguntaban por él. La familia sabía que estaba bajo un influjo. Era normal que sus sueños empezaran con una gran prueba.



El arribo

—El golfo de Nicoya debía haber estado pleno de luz esa mañana, sobre las aguas movidas de la marea alta y la brisa fresca —Pensaba Si Ling al observar fotos de la época. Veía algunas isletas que rodeaban la gran bahía de Puntalín, los bosques de mangle semejaban una piel gigantesca. Al fondo sobresalían las cimas de algunos volcanes.

La historia de este lugar estaba llena de exóticas referencias, no por los indios que allí habitaban, sino por la belleza de sus playas y la diversidad de aves y animales. Por primera vez muchos de los tripulantes vieron tal cantidad de pájaros y delfines, y grandes peces persiguiendo manchas de sardinas.

El nombre Puntalín fue escuchado posiblemente por primera vez un día de 1870, frente al pequeño desembarcadero de madera que sería el extremo de su vida, de su puente familiar extendido en lo más ancho del Pacífico. Puntalín en aquel tiempo tenía edificaciones oficiales, la mayoría de madera, la aduana, la oficina migratoria y un parque donde tocaban música filarmónica. Varios ranchos extendidos a lo largo de la playa daban la sensación de tranquilidad y de frescura con sus palmeras. Había algo de transfiguración, una luz difusa que avisa la transparencia, quizá toda playa extrema era una extensión, o todos los bordes del Pacífico se unen o se parecen en sus ratos de bruma.

Este es el momento en que comienza a conocerse esta tierra en el sur de China, el país del que hablarían por varias generaciones. Pensaba Si Ling que había nacido una leyenda, cada hecho o circunstancia marcaba el destino de cada uno.

El canto del gallo despertó al viajero. Decidió que era hora de bautizarlo Concai, por ser el primero en tierras extrañas. Y porque *concai* es gallo en su lengua original.

Un oficial se acercó y lo llevó amablemente donde el capitán, en la cabina de mando el alto oficial le sugirió que lo mejor era que desembarcara, ya que el próximo puerto quedaba en Perú. —Tal vez desde aquí le sea más fácil entrar a los Estados Unidos —le dijo.

No sabía la sorpresa que causaría su indumentaria y sus rasgos faciales. Faltaba poco para que el mundo de allí convergiera en un recién llegado: el sol, la brisa, el puerto, las personas que lo habitaban y hasta ciertos animales. Era el destino que había que buscar. No era algo que le llegaría a los pies simplemente. El mundo había marcado un camino que tenía que seguir.

Muchos años después relacionaría más al gallo con el anciano Lon Choy. En el horóscopo chino las virtudes del gallo son la valentía, el carácter protector, capaz, comunicativo y honesto. Tal vez por eso Lon Choy le dejó el gallo, porque consideraba que se parecía a él. Con los años se identificaría con las virtudes del ave, conservador, discreto, refinado, aventurero.

Cuando descendió por las escalerillas las miradas de los curiosos se posaron sobre él. Un grupo se le acercó atraído por su exotismo, confundiéndolo con un indio americano. No sabía que algunos de ellos estaban mirando a un chino por primera vez. Sus facciones fueron por mucho tiempo un atractivo exótico en la aburrida sociedad puntarenense de entonces. Una vez más el carácter vistoso del gallo coincidía con Lon Choy, que seguía a través del gallo entregándole energía.

La casualidad y el recuerdo de un evento perdido en la memoria hicieron que el capitán del puerto, Godofredo Cristóbal de Los Ángeles Ortiz Coto, conocido como God, fuese aficionado a la pelea de gallos, por lo que dejó permanecer al emigrante chino a cambio de una pelea de gallos. Su gallo contra el gallo chino, que había cobrado fama recientemente junto al malecón del puerto.

Era curioso, pensó después frente al mismo lugar, que durante el viaje hubiera permanecido desconocido, y en un día ya era famoso como El Chino del Gallo. El primer chino en quedarse con ellos, la tierra imaginaria que era el extremo de un gran sueño imprevisto. Históricamente ya habían pasado muchos chinos por este puerto. God le enseñaría las primeras palabras en español, debido a la amistad que llegaron a tener al compartir otras aficiones como la pesca, los negocios y las excursiones.

Mientras extendían un mecate atado a palos clavados en la arena, a manera de redondel improvisado, y algunos niños se subían a los árboles cercanos para no perderse la pelea, Tai Chin y su gallo apenas se adaptaban al calor insoportable.

Escuchaba el sonido de árboles desconocidos, olores que no identificaba, hasta el agua de mar y del estero eran muy distintos, la luz y la naturaleza transfiguraba las formas, hasta parecerle irreal, un espejismo, que estaba viviendo otra vida.

Peleas de gallos

Quien volviendo a hacer el camino viejo
aprende el nuevo puede considerarse un maestro.
Confucio

La pelea del gallo chino contra el de God atrajo a más de un apostador. El encuentro sería en el parque. La gente decía que era un gallo chino porque era amarillo y tenía los ojos oblicuos, era pequeño y ágil; además cacareaba qui-qui-li-qui y tenía una pequeña coleta.

A la hora de la pelea, los dos símbolos, que eran tres en honor a la verdad, porque transfiguraban el mediodía caliente haciéndolo mágico y trascendente,



Tai Chin quitó el lazo negro de la cresta del gallo y le susurró unas palabras al oído que tenían el significado de la lucha del dragón contra el jaguar.

God le afiló las espuelas al Gallo Pinto, como lo llamaba, con un pedazo de vidrio. Gallo Pinto era más grande que Concai. Entonces se le ocurrió negociar con God. Le argumentó por medio de señas y palabras casi inventadas que debido a la desproporción de los contendientes le proponía un trato: ganara quien ganara, él tendría derecho a quedarse. Godofredo aceptó, —de todas formas, te hubiéramos dejado entrar —le dijo sonriendo.

Una hora más tarde de la anunciada, porque esperaban lanchas del otro lado del estero, aún no había comenzado la pelea. El Gallo Pinto estaba haciendo una siesta subido en una rama de mango. Concai comenzaba a sentir el agotamiento del clima tropical. Bebía agua a montones para evitar la deshidratación. Comenzó a tener Tai Chin un cambio en su actitud, no solo mejoraba el caminar sobre tierra firme, sino que levantaba un poco más la cara para darse cuenta de que el sol tenía un sentido diferente. Pensó que a su gallo le pasaba lo mismo frente a una tierra desconocida: no tenían sentido de territorialidad.

Al comenzar la pelea Gallo Pinto se abalanzó sobre Concai, se fue de frente contra el suelo. Volvió con toda la carga, falló de nuevo y se cansó un poco. Del otro lado, Concai esperaba el ataque. Gallo Pinto saltó varias veces en señal de advertencia, cosa que asustó un poco al gallo chino, pero se cansó de nuevo, apenas seguía levantando sus alas amenazadoras y cacareando fuerte. Concai había aprendido el método de su oponente, siempre iba hacia atrás.

En esa pelea de gallos está la metáfora de su llegada. Los símbolos eran vivos y los cuerpos se pegaban para protegerse del calor. A las niñas no las dejaban ver el espectáculo, por muchos años recordaron ese día como festivo y extrañamente distinto. Hubo un extenso atardecer, tan colmado de luz y tan largo que creyeron que era buena magia china. Allí nació la leyenda de llamarles amistosamente a los gallos concai. Si Ling decía que ciertas familias chinas llamaban a los animales por el nombre en chino, le decían a los perros *gou*, el género era el nombre. A la descendencia del gallo la llamarían hijo de concai, o nieto de concai.

Tai Chin comprendió que la energía que había entre ellos exigía una comunicación superior emanada del Chi. El guerrero y el maestro deben ser una sola cosa. Debía haber un lenguaje común para el mejor de los entendimientos.

Volvió a atacar el Gallo Pinto; esta vez Concai se le paró de frente con sus espuelas del color del marfil. Ambos contendientes cayeron al suelo, revolcándose uno encima del otro hasta separarse para tomar aire. Gallo Pinto había salido herido en la arteria de una pata y sangraba mucho. La concurrencia

gritaba y gozaba del espectáculo. Miraban a los gallos y al chino que había descendido del barco. El chino que se había quedado entre ellos.

En otra de las arremetidas Gallo Pinto se hirió con sus mismas espuelas afiladas, lo que hizo que Concai creciera en tamaño y se estirara para afrontar al otro gallo caído, en señal de arrogancia y triunfo. Concai había aprendido a seguirle las manías para adivinar lo que iba a hacer.

Cuando acabó la pelea, la metáfora de territorialidad se dio; el gallo chino comenzó a picotear el suelo, entonces su amo se inclinó sobre la misma tierra y la besó con una noble reverencia. Solo Godofredo lo miró haciendo el gesto.

Para los anales históricos, si se pudiera encontrar una imagen simbólica, el momento de la pelea de gallos era poesía pura. A esta ave le funcionaban los dos lados del cerebro, como una metáfora del arribo a una nueva tierra.

